



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11142

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extran-
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 24 DE DICIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El nacimiento del Niño Dio.

como ejemplo, modelo y consuelo
de los pobres y de los abandonados.

Hace diez y nueve siglos que los
castísimos esposos José y María,
por ser naturales ambos de Belén,
tuvieron que presentarse allí para
cumplir la ley del empadronamien-
to ordenada por el César. Confor-
me á esta ley, habían de inscribirse
en el registro sus propios nom-
bres, los del padre, madre y tribu
á que pertenecían: además tenían
que probar la propiedad de los
edificios, fincas y tierras de labor,
y dar cuenta de todo el ganado,
mayor ó menor que poseyesen; y
esto les era absolutamente indis-
pensable si querían conservar en
Belén lo que hoy llamáramos «de-
rechos de ciudadanía». Pero para
estos santos esposos, como para
todos los hijos de Israel, era esto
algo más que ejercitar un derecho
civil. Era ese sentimiento puro,
ya apagado en nuestros días, ese
amor al suelo natal, ese amor a la
patria, esa especie de culto tribu-
lado á la historia propia de cada
uno, a los risueños lugares fre-
cuentados en la infancia, á las cua-
tro paredes mil veces benditas por
la madre que nos dio el ser, y que
á cada paso y de mil modos vemos
retrata en los objetos de nuestra
casa, por humilde y pobre que sea;
es, finalmente, el culto y la vene-
ración que vamos á dar á nuestros
seres más queridos, que allí duer-
men el sueño eterno y que mece-
ron años há nuestra cuna... Este
sentimiento es el que, aun enme-
dio de las grandezas de Faraón,
declaraba con lágrimas Jacob á la
hora de su muerte cuando decía á
su hijo José: «Llévame, luego que
muera, á mi tierra, y dame sepul-
tura en medio de mis padres en la
cueva de Efron-Heleó, cerca de
Mambre, en tierra de Canaan...
compro para esto con todo el te-
rreno que la rodea mi abuelo

Abraham... y allí descansan los
restos de Sara su esposa; allí están
sepultados Isaac, Rebeca y Lia.» (*)
Fieles pues, y obedientes los san-
tos esposos José y María, salieron
en dirección de Belén, dejando ce-
rrada la casita de Nazaret. Por el
camino, José iba á pie y María so-
bre uno de esos jumentillos tan
frecuentes y usados en la Arabia,
que hasta el más pobre trabajador
puede llevar alquilado.

Al llegar á Belén, no encontra-
ron ya, como dice el Evangelio,
sitio donde colocarse, por lo cual
tuvieron que retirarse á un derrui-
do establo, situado en las afueras.

La noche estaba fría... En me-
dio de aquel silencio nocturno so-
lo se oían allá lejos los silbos ó gri-
llos de algún pastor, ó los tristes
balidos de alguna oveja descarria-
da. Las estrellas parecían temblar
con la crudeza de la noche... En
Belén no se oía el más ligero ru-
mor... las brisas descansaban y las
hojas de los árboles habían cesado
en su murmullo... y la noche avan-
zaba cada vez con más calma y
mayor silencio.

De repente se abrieron los cie-
los... y María recibió en sus bra-
zos á su Hijo!!!

Al instante volaron con rapidez
legiones de ángeles y alboraron al
recién nacido cantando: «Gloria
á Dios! Gloria á Dios!...» y el eco,
traspasando las montañas, se reti-
raba veloz como las ondas del
mar, para repeler al universo mun-
do «Gloria á Dios! Gloria á Dios!»

En medio de divinos fulgores,
María se puso á envolver en pe-
queños pañales á su Hijo... y luego
le colocó en el pesebre de aquel es-
tablo. El jumento que allí estaba
alado y un buey calentaban con
su aliento, según nos ha trasmi-
tido la tradición, al divino recién
nacido.

Si al contemplar este misterio
fijamos la atención en la triste

(*) Gen. XLIX, v. 29 y 31.

realidad! ¿Qué se ofrece á nuestras
miradas?.. Pues una pobre obrera
que dá á luz á su primogénito, de
noche, abandonada de todos, en
un establo destinado solamente pa-
ra bestias, y ocupada en desdoblar
y arreglar unos pañales para en-
volver en ellos á su Hijo; á una
obrero que por toda cuna en que
poder colocar al tesoro que acaba
de recibir, solo encuentra un pe-
sebre, y nada más blando en que
reclinar á su Hijo, que las duras
pajas que un jumento y un buey
no han querido comer!!

Ese Hijo... en esas pajas... y en
ese pesebre... ¿Por qué razón ha
escogido Dios este modo de na-
cer... en tanto abandono y mise-
ria?... ¿Por qué nos presenta tan
pobre á su madre, y tan desprovis-
ta hasta de lo más indispensable?..

Porque era necesario dar un
ejemplo, un modelo y un consuelo á
los pobres y á los abandonados, á los
pequeños y á todas las madres que
no tienen en este mundo para sus
hijos sino un corazón amante que
los quiera, unos brazos fuertes que
los estrechen y unas manos tier-
nas que las envuelvan y acari-
cien... nada más. La lección pues,
el ejemplo y el modelo están ya
dados.

Por pobre que sea la vivienda,
por frío que parezca el hogar, por
bastos que sean los pañales y por
dura que sea la cuna, para el cora-
zón de una madre, su hijo, ese an-
gelito que acaba de nacer, es su di-
cha, su esperanza, su consuelo y
su alegría. En cuanto á lo de-
más... ¡Ah! El pesebre de Belén
era más duro aún, las pajas más
duras también, el establo más des-
nudo y más cruda la noche.

P. V.

ESTA NOCHE ES NOCHE BUENA

Ha llegado Noche buena
y aun que no es el frío glacial,

por que la temperatura
que aquí se deja notar
más bien que la de Diciembre
parece primaveral,
queramos ó no queramos
hay que convencerse ya
al mirar el almanaque
que está próximo á espirar
ó viendo por esas calles
la algazara natural
que siempre trajo consigo
esta fiesta popular
anunciada por zambombas,
panderas y carrascas,
que ha llegado ya el instante
de poder manifestar
que esta noche es Noche buena
y mañana Navidad

Por sacar algo, las capas
sacamos y lucen las
muchas puntas que se creen
hoy en la necesidad
de llevarlas aunque apenas
se sienten frío por acá.
Pero, en fin, sin duda alguna
las capas luciendo van
por evitar que encerradas
se puedan apollillar.
Los puestos de cascarruja,
como llaman por acá
á las castañas y nueces....
el... casquijo, bien están
y de la Puerta de Murcia
hacen hoy un gran bazár,
donde se suelta la gaita
de una manera anormal,
que hoy por algo es Noche buena
y mañana Navidad

Naturalmente que al lado
de la capa y el gabán
se ven y están en capilla
pavos y pavos de mar!
Ignoran los pobrecillos
lo de que en capilla están
y que mañana concluyen
de comer y de grasnar,
por que mañana, está escrito,
con pavos y nada más
debe llenarse la panza
el que la pueda llenar.
Todo el mundo compra algo
y muchos compran demás
y todos compran así,
con bien desusado afán
no pensando que el bolsillo
resentido quedará
por ser esta Noche buena
y mañana Navidad.

Aquel que el gordo ha pescado,
que ya es en gordo pescar,
aunque no me lo ha trascrito,
ese solazado está.
Y no me extraña, que yo,
colocado en su lugar,
señalando ya el dueño
de ese gordo de verdad,
hubiera tomado el tren
loco de alegría y tal

y en Castellón ó en el Congo
Almendralejo ó el Plan,
hallarme hubiera podido
quien me quisiera buscar.
Yo en ese caso, de fijo,
dueño de ese capital,
me diera poco, lo juro,
y no soy dado á jurar,
que sea esta noche la buena
y mañana Navidad

Casimiro Cañizares,
lo mismo en la sucursal
que en el centro confitero,
que tiene en esta ciudad,
dicen que ha vendido todo;
y eso que cuentan que ya
hace cuatro ó cinco meses
empezó con mucho afán
la confección de los dulces
que pensó el hombre sacar
á la venta en estos días;
ya ven ustedes si el tal
Casimiro habrá tenido
ahora tela que cortar,
ó dulzinas que vender,
que para el caso es igual
hoy si que dirá ¡olé!
y hasta se pondrá á bailar,
por ser hoy la Noche buena
y mañana Navidad.

Entristecido mi ánimo
por un dolor especial
que me noto hace unos días
entre la región lumbar
y el pericardio, diafragma,
y unos cuantos hombres más,
apenas me queda gana
leer, de romancear.
Y aquí termino rogando
á los santos nos den paz
y salud y trigo y todo
cuanto necesitamos más;
y que nos sirvan de amparo;
no nos olviden jamás
y consiguiendo así
y satisfecho mi afán
[que este yo me lo reservo
y alguien se imaginara]
bendigo la Noche buena
y espero la Navidad.

Si mis cuentas, por desgracia
en vez de bien salen mal,
ni esta noche es Noche buena
ni mañana es Navidad.

Pascua de Navidad

La fiesta de Navidad tiene por objeto
el nacimiento temporal del Hijo de
Dios.

Hacia cuatro mil años que el hombre
culpable y degradado había oído, al
abandonar el paraíso terrenal, estas pa-
labras de esperanza:

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

501

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 503

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 497

Se movió en la carroza, hizo entrar á Berrueto,
cerró uno de los llantos la portezuela, saltó á la sa-
ga junto al otro, y la carroza se puso en marcha ha-
cia la puerta de San Vicente.

Un cuarto de hora después, la princesa entraba
desatentada en la casita de los guardabosques y se
abalanzaba hacia un camastro, donde estaba dando
gritos Perico.

—¿Qué es esto, qué es esto, hijo mío! exclamó la
princesa; ¿porqué te has batido? ¿quién te ha herido?

—Antolin Pommeferre, lacayo de Mr. Horacio
Prevoux de la Chauxiere, se presentó á decir: Pe-
rico.

—¿Y porqué, porqué has tenido tú un lance con
ese canalla?

—¿Porqué? dijo Perico, que creyéndose próximo
á la muerte me guardaba consideraciones á la prin-
cesa: ¿porqué? porque me ha seducido á mí misma.

El señor Berrueto se estremeció de los pies á la
cabeza.

Temió la tempestad.
Afortunadamente la princesa comprendió que no
estaba sola y que debía contenerse.

—¿Tu moral exclamó: ¿y quien era tu moral?

—Pues Bepi, doncella de la condesa de Tebra;
una infame que me engañaba, que era querida de

Berrueto la siguió murmurando:

—Ya tenemos lo que nos hac falta: Dios quiera
que ese tunante escape: ¡qué cosas, Señor, qué cosas
nos han traido los tiempos y el cambio de casa real!
Ya se vé, estas pícaras señoras francesas... Si dicen
que allá en la corte del rey de Francia es un escán-
dalo: ¡Señor, Señor, y el príncipe entre tanto dán-
dose satisfecho golpecitos en el vientre! ¡uff!

La princesa había hecho ya un centenar de pre-
guntas al guardabosque, y había revuelto su servi-
dumbre.

—Había enviado por médicos, por alcalde y por es-
cribano; y se lanzaba á la salida del alcázar, segui-
da por el viejo y pequeño Berrueto y del guar-
dabosque, que se asombraba de que una tan gran
señora tomase tan á pecho el que le hubiesen mata-
do un paje.

XIX

En la puerta de las meninas esperaban á la prin-
cesa una carroza y cuatro lacayos, que en cuanto la
vieron montaron á caballo.

La princesa mandó al guardabosque que subiese
á la delantera con el cobero y le indicase adónde
debía de ir.

XVII

El guardabosque llegó al cuarto de la princesa en
el alcázar, á punto de que Berrueto se impacienta-
ba porque la princesa estaba ya impacientada por po-
nerse en camino para Pinto, y no parecía su endia-
biado paje favorito que debía acompañarla á ca-
ballo.

—¿Es vuesa merced del cuarto de la señora prin-
cesa? dijo el guardabosque.

—¡Eh! dejadme ahora; bueno estoy yo para en-
tremetarme: ¿dónde diablos se habrá metido ese in-
fame de Perico?

—Si ese Perico es un paje de la señora princesa,
blanco y bonito y con ojos negros, no se ha metido,
le han metido.

—¿Y qué le han metido, estúpido? exclamó Be-
rrueto.

—Una estocada por los riñones que no se la lame;
vaya, qué se la ha de lamer; ya pueden dar su pla-
za á otro.

—¿Qué es lo que decís, exclamó Berrueto, todo
desconcertado porque aquella era la peor noticia
que podían llevar á cuarto de la princesa: ¡que han
matado al pobre Perico! ¿dónde, dónde?